

Ela

Eduardo Reyme Wendell

Cuando *Ela* subió al bus, el cielo, tras los vidrios aún era azul, el pasadizo se iluminó bajo sus vestidos y su mirada heló la mía.

Sentada a mi lado, cerré los ojos y colgado en el aroma que desprendía su piel, imaginé en segundos nuestras peleas y nuestras reconciliaciones.

Antes de bajar, cerró su libro con delicadas manos y torció la comisura de sus labios como si fuera a recostarla en el lecho de su boca que aún podía ver.

Me sentí solo e infeliz.

¿Qué les diré a los niños ahora que te has marchado para no volver?